



El don de la lluvia

Título original: *The Gift of Rain*

© Tan Twan Eng, 2007

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 – Madrid – España

comunicacion@amokediciones.es

© 2022, Carmen Torres, por la traducción

Primera edición en España, octubre de 2022

Alicia Escamilla, por la edición de mesa

Ángel Presencio Nagore, por la ilustración

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-06-4

Depósito legal: M-17145-2022

Impreso por Leitzaran Grafikk

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El don de la lluvia

Tan Twan Eng



AMOK
EDICIONES

*A mis padres,
En vir Regter AJ Buys wat my geleer het hoe om te lewe.*

Me alejo. Lenta pero inexorablemente. Al igual que en una travesía el marino ve desaparecer la costa donde ha soltado amarras, siento cómo mi pasado se difumina. Mi antigua vida pervive aún en mí, pero se reduce cada vez más a las cenizas del recuerdo.

JEAN-DOMINIQUE BAUBY

La escafandra y la mariposa

LIBRO PRIMERO

Capítulo uno

Una vez, una vieja adivina que vivía en un templo aún más viejo me dijo que había nacido con el don de la lluvia.

Aquellos eran tiempos en los que no creía en videntes, en los que el mundo aún no estaba lleno de maravilla y misterio. Ya no recuerdo el aspecto de aquella mujer que me leyó la cara y que tocó las líneas de las palmas de mis manos. Dijo lo que había venido a decir a este mundo a los destinatarios de sus profecías y, luego, como todos nosotros, se marchó.

Sé que sus palabras albergaban cierto grado de verdad, pues en mi juventud siempre parecía estar lloviendo. Había días con cielos despejados y un sol de justicia, pero la impresión que me queda ahora es de una lluvia que caía de un banco de nubes bajas y que emborronaba el paisaje convirtiéndolo en el dibujo de un pincel chino. A veces llovía tan a menudo que me preguntaba por qué los colores que me rodeaban nunca perdían intensidad, nunca desteñían y dejaban el mundo lleno de tonos mohosos.

El día que conocí a Michiko Murakami, una delicada lluvia también había aguado el mundo. Llevaba cayendo toda la semana y sabía que vendría más con la llegada del monzón. En Penang ya habían empezado a inundarse las carreteras de siempre y el mar se había vuelto de un gris plomizo.

Aquella tarde, la lluvia se había transformado momentáneamente en una neblina casi indetectable, como preparándose para su llegada.

La luz se iba atenuando y el aroma a hierba mojada se entretejía en el aire con el perfume de las flores, creando un intrincado tapiz de fragancias. Yo estaba en la terraza, tan solo como lo había estado durante tantos años, a punto de quedarme dormido, soñando con otra vida. El timbre de la puerta resonó por toda la casa, indeciso, poco familiarizado con un lugar en el que muy pocas veces se escuchaba, como un gato que tanteara con una pata cautelosa un sendero por el que no anda muy a menudo.

Me desperté; me pareció oír, como a lo lejos, otro timbrazo, y me quedé recostado en el sillón, confundido. Durante unos instantes me embargó una profunda sensación de aturdimiento. Acto seguido, me incorporé y las gafas, que reposaban sobre el pecho, cayeron al suelo. Las cogí despacio, las limpié con la camisa y descubrí bajo la silla la carta que había estado leyendo. Era una invitación de la Sociedad Histórica de Penang para acudir a la celebración del cincuenta aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. Nunca había asistido a ninguno de los actos que organizaba la sociedad, pero las invitaciones seguían llegándome con regularidad. La doblé y me levanté para ver quién era.

O se trataba de una mujer paciente o estaba muy segura de que me encontraba en casa. Solo había llamado una vez. Recorrí los pasillos ya en penumbra y abrí las pesadas puertas de roble. Supuse que tendría unos setenta años, no era mucho mayor que yo. Seguía conservando su belleza; llevaba ropa sencilla, como solo puede serlo la muy cara, y el pelo suave y fino, recogido en un moño. Traía una maletita y una caja de madera, larga y estrecha, que tenía apoyada en la pierna.

—¿Sí?

Me dijo su nombre, con una expectación que parecía sugerir que yo la esperaba. Sin embargo, me costó unos segundos encontrarlo en la vastedad de mi memoria.

Solo lo había oído una vez antes, pronunciado por una voz melancólica en un tiempo lejano. Intenté pensar en una razón para decirle que se fuera, pero no encontré ninguna aceptable, pues en aquel preciso instante sentí que aquella mujer había sido puesta en un camino que conducía a la puerta de mi casa. Estreché la mano enguantada que me tendió. Dada su escasa carne y sus huesos finos y prominentes, me pareció un pajarillo, un gorrión con las alas plegadas.

Asentí, le dediqué una sonrisa triste y la conduje por la casa, parándome a encender las luces a medida que recorriamos las estancias. Las nubes habían hecho que anoheciera pronto y los criados ya se habían marchado. Los suelos de mármol estaban fríos y absorbían el helor del aire, pero no el eco de nuestros pasos.

Salimos a la terraza y nos dirigimos al jardín. Dejamos atrás una colección de estatuas de mármol. Los miembros rotos de unas cuantas de ellas descansaban en el césped, donde el moho les carcomía la luminosidad como si estuvieran aquejadas de una enfermedad de la piel incurable. Me siguió en silencio y nos paramos bajo una casuarina que había crecido al borde del pequeño acantilado que daba al mar. El árbol, tan viejo como yo, nudoso y cansado, nos proporcionó poco cobijo, pues el viento sacudía sus hojas y nos salpicaba la cara de gotas de agua.

—Está enterrado allí —dije, señalando la isla. A pesar de estar a menos de kilómetro y medio de la orilla, parecía un manchurrón difuso y gris en el mar, casi invisible a través del ligero velo de lluvia. La cortesía hacia un huésped, por muy perturbadora que fuese su presencia, me obligó a plantearle la pregunta—: ¿Se quedará a cenar?

Ella asintió. Entonces, con un rápido movimiento que desafiaba su edad, se arrodilló en la tierra mojada y apoyó la cabeza en la hierba. La dejé allí, haciéndole una reverencia a la tumba de su amigo. Por el momento, ambos sabíamos que el silencio era suficiente. Las palabras vendrían más adelante.

Me sentí raro al cocinar para dos y tuve que recordarme que debía doblar la cantidad de ingredientes. Como siempre que cocino, dejé una estela de tarros de especias abiertos, verduras a medio cortar, cazos, cucharas y varios platos llenos de salsa y aceite. Maria, mi sirvienta, siempre se queja del desbarajuste que armo. También me da la lata para que renueve los utensilios de cocina, la mayoría de los cuales son de fabricación británica anterior a la guerra y siguen ahí, si bien bastante ruidosos y renqueantes, como los viejos ingenieros de minas y los colonos ingleses que se sientan a diario en el bar del Club de Natación de Penang y se amodorrán después del almuerzo.

Eché un vistazo al jardín por los ventanales de la cocina. Ahora estaba de pie bajo el árbol, completamente inmóvil mientras el viento sacudía las ramas y la salpicaba de gotas brillantes. La espalda conservaba su rectitud y los hombros estaban nivelados, sin la desconsolada caída que produce la edad. La suavidad de su piel contrastaba con las arrugas de su cara, dándole el aspecto de mujer resuelta.

Me la encontré en la sala de estar cuando salí de la cocina. La habitación, a la que nunca le había hecho ningún cambio, estaba revestida de madera, y el techo y las cornisas de escayola quedaban allá en lo alto, sumidos en la oscuridad. Unas estatuas de mármol negro que representaban a héroes de la mitología romana sostenían antorchas que solo iluminaban sutilmente los rincones. Los sillones, de pesada teca birmana tapizados en piel agrietada, estaban deformes por el peso de generaciones que se habían sentado en ellos. Mi bisabuelo los había mandado fabricar en Mandalay cuando construyó Istana. Había un pequeño piano de cola Shumann en un rincón. Siempre lo he mantenido perfectamente afinado, aunque no lo haya tocado en muchos años.

La mujer se puso a examinar una pared llena de fotografías con la esperanza, quizá, de encontrar la cara de Endo-san entre ellas. Se llevaría una decepción. Nunca llegué a tener una fotografía suya. De entre todas las que hicimos, nunca hubo ninguna ni de él solo, ni de los dos juntos. Su cara estaba grabada en mi memoria.

Señaló una.

—¿El *dojo* Aikaki Hombu?

Seguí su dedo con la mirada.

—Sí —contesté.

La fotografía había sido tomada en la Sede Mundial de Aikido, en el distrito Shinjuku de Tokio, y en ella aparecía con Morihei Ueshiba, el fundador del aikido. Iba vestido con un *gi* de algodón blanco (el uniforme de entrenamiento) y unos *hakama*, los pantalones tradicionales negros que llevan los japoneses, y miraba fijamente el objetivo de la cámara, con el pelo aún negro. Al lado de mi metro ochenta, *O'Sensei*, el Gran Maestro, como le llamábamos, parecía diminuto, infantil y decepcionantemente vulnerable.

—¿Todavía das clases?

Negué con la cabeza.

—Ya no —contesté en japonés.

Mencionó los nombres de algunas de las personas a las que conocía, todos maestros expertos de alto rango. Yo asentí al reconocer cada nombre y, durante un rato, estuvimos charlando sobre ellos. Algunos habían muerto; otros, como yo, se habían jubilado. Y otros, a pesar de tener ochenta y muchos, continuaban entrenando fielmente como habían hecho durante casi toda la vida.

Entonces señaló otra foto.

—Ese debe de ser tu padre —dijo—. Tienes su misma cara.

Nuestro chófer había sacado aquella instantánea monocroma de mi familia justo antes de la guerra. Estábamos de pie delante del pórtico, y la luz del sol y del mar volvía los ojos azules de mi padre aún más pálidos, y sus dientes, más brillantes. Su pelo blanco, peinado con sumo cuidado, parecía parte del resplandor del cielo raso.

—Era muy apuesto —comentó.

Los demás lo rodeábamos: Edward, William e Isabel, de su primer matrimonio, y yo, del segundo, y cada uno de nosotros había heredado sus facciones en cierta medida. Había una cualidad intemporal en nuestras sonrisas, como si fuésemos a estar siempre juntos, riendo y amando la vida. Recuerdo aquel día a la perfección, a pesar del paso fugaz de los años. Fue uno de los raros momentos en los que sentí que formaba parte de mi familia.

—¿Tu hermana? —me preguntó, señalando otra fotografía. Asentí y miré a Isabel en el balcón de su habitación, con el rifle en ristre y la boca apretada por la determinación, mientras las luces de abajo parecían elevarla. Casi podía sentir la suave brisa que ondulaba su falda.

—Se la hicieron en la última fiesta que dimos —respondí—, antes de que la guerra lo echara todo a perder.

La lluvia había parado y le sugerí a Michiko que cenásemos en la terraza. Ella insistió en ayudarme a poner la mesa y yo enrollé el toldo para descubrir el cielo. Nos sentamos bajo un parche de estrellas, semillas titilantes en un surco abierto entre las nubes.

Ella mostraba buen apetito, a pesar de la simplicidad de la comida que había preparado. También era amena; parecía casi como si nos

conociésemos de toda la vida. Dio un sorbo al té que le había servido, pareció sorprenderse y se llevó la taza a la nariz. Me la quedé mirando con atención, preguntándome si sería capaz de pasar mi prueba.

—Fragancia a árbol solitario —dijo al fin, identificando sin dudar la infusión que había importado especialmente desde Japón—. Recolectado en las plantaciones de té cercanas a mi casa. Después de la guerra era imposible conseguirlo porque habían destrozado los cultivos en terrazas.

Al final de la cena, alzó su copa de vino y le dedicó un elegante gesto a la isla.

—Por Endo-san —dijo en voz baja.

Yo asentí.

—Por Endo-san.

—Escucha —añadió—. ¿Lo oyes?

Cerré los ojos y sí, lo oí. Lo oí respirar. Sonreí con tristeza.

—Siempre está aquí, Michiko. Esa es la razón por la que, allá donde voy, siempre ansío volver.

Ella tomó mi mano entre las suyas y de nuevo sentí su fragilidad de pajarillo. Cuando volvió a hablar, su voz sonó apenada.

—Pobre amigo mío. Cuánto has sufrido.

Retiré mi mano con delicadeza.

—Todos sufrimos, Michiko. Y Endo-san, el que más.

Nos quedamos sentados en silencio. El mar suspiraba cada vez que una ola chocaba contra la orilla, como un corredor de fondo en la línea de meta. Siempre he sentido una enorme afinidad con el mar por la noche. Es espléndido durante el día, con sus olas vigorosas y atronadoras que azotan la playa, impulsadas por la fuerza del océano que tienen detrás. Sin embargo, cuando cae la noche, esa fuerza se aplaca y las olas ruedan hasta la orilla con la indiferencia de un monje que desenrolla un pergamino.

Entonces, con voz queda, empezó a contarme su vida. Hablaba una mezcla rápida y natural de japonés e inglés, entrelazando ambas lenguas cual hilos de colores para tejer su historia.

—Las blancas prendas de luto que visto son nuevas para mí. Mi marido, Murakami Ozawa, se fue a comienzos de este año.

—Lo siento mucho —dije, no muy seguro de adónde me estaba conduciendo.

—Llevaba casada con Ozawa cincuenta y cinco años. Era dueño de una empresa de electrónica, una muy conocida. Su muerte dejó mi mundo y mi vida entera súbitamente sin sentido. Me quedé a la deriva y me encerré en mi casa de Tokio, sin querer saber nada del mundo. Me pasaba los días en los espaciosos jardines, caminando descalza por las zonas de guijarros, estropeando los círculos perfectos creados por Seki, nuestro jardinero. Él nunca se quejaba, simplemente volvía a componer los dibujos, día tras día —me relató con la mirada perdida.

No encontraba las fuerzas que la sacaran de su pena, me contó. En el mundo exterior, los miembros de la junta directiva de la compañía estaban desesperados, pues su marido le había legado la mayoría de las acciones y ella, que no quería saber nada del asunto, no contestaba a sus llamadas. Los sirvientes perturbaban el silencio de la casa con susurros temerosos.

Pero el mundo se entrometió.

—Recibí una carta de Endo-san —continuó, y el movimiento que hizo al apartar la vista, como si la hubiese distraído la luz trémula del rocío en la hierba, fue tan espontáneo que cualquiera lo habría considerado natural.

Le estaba agradecido por su amabilidad, aunque logré asimilar su noticia con mayor ecuanimidad de la que ella esperaba.

—¿Cuándo la envió? —le pregunté.

—Hace más de cincuenta años, en la primavera de 1945 —respondió, dedicándome una sonrisa—. Regresó del pasado como un fantasma. ¿Te imaginas su viaje? Me escribía sobre su vida aquí y también sobre ti.

Dejé que llenara nuestras copas. Había visitado Japón en suficientes ocasiones como para saber que se sentiría insultada si era yo quien las servía.

—Te contaré cómo nos conocimos —añadió al rato, como si hubiese estado meditando aquella decisión durante un tiempo.

»Endo-san trabajaba para su padre, que poseía un próspero negocio. De hecho, él ya estaba a cargo de la empresa y viajaba a Hong Kong y por toda China. Pasaba las noches dando clases en la escuela de *aikijutsu* de nuestro pueblo. Yo, como hija de samurái, se suponía que debía ser hábil con la espada y en el combate sin armas, el *bujutsu*,

por encima de las demás artes. Al contrario que mis hermanas, yo disfrutaba del *bujutsu* más que de las clases de música o de arreglo floral.

»En aquellos tiempos, el *aikijutsu* no era más que un arte incipiente; aún no se había convertido en el aikido que conocemos hoy día. A mi padre no le impresionaba, pero, en cuanto vi una clase y los movimientos, supe que había encontrado algo precioso. Creo que sabes cómo me sentí: fue como si mi corazón, que había permanecido en las sombras, se hubiese girado para vislumbrar el calor y la luz del sol.

Soltó una delicada carcajada.

—Pronto empecé a valorar el tiempo que pasaba con Endo-san. Mis amigas del colegio se burlaban sin compasión de mis sentimientos hacia él, pero yo no podía evitar soñar y envolverme en nubes de fantasía.

»Como primogénito de la familia, se esperaba que algún día asumiera el control de la empresa de su padre. Viajaba muy a menudo al extranjero. A la vuelta, me traía regalos de China, de Siam, de las islas Filipinas e incluso una vez, una pañoleta de las montañas del norte de la India.

»Comenzamos a vernos con frecuencia. Solíamos dar largos paseos por la playa y contemplar el santuario de Miyajima Torii y, de vez en cuando, quedábamos en el cenador del parque a tomar té y a darles de comer a los patos y a las obedientes hileras de patitos del lago. Creo que aquellos fueron los días más felices que puedo recordar.

»Mi enamoramiento inicial fue madurando hasta convertirse en algo más profundo y permanente. Mi padre, que era juez, no aprobaba nuestra amistad. Endo-san era, por supuesto, mucho mayor que yo, y su familia, aunque de origen samurái, se había visto relegada al estatus de comerciantes, una posición muy baja en nuestro orden social, como bien sabes. Su padre había decidido convertir las numerosas granjas y propiedades de la familia en compañías comerciales. Eran ricos, pero la aristocracia no los aceptaba.

Me incliné hacia delante, pues no quería perderme nada. Endo-san solo me había dado una somera descripción de su juventud y nunca había revelado del todo sus orígenes. Durante los años que viví en Japón, intenté hacer mis propias averiguaciones, aunque

sin mucho éxito, ya que todos los registros documentales habían sido destruidos. Pero ahora, la oportunidad de oír la historia de los labios de una persona que había estado allí, volvió a despertar mi curiosidad.

Ella reparó en mi interés y continuó.

—El hecho de que el padre de Endo-san fuese un oficial de la corte caído en desgracia era la comidilla del pueblo, pero a mí no me importaba. En realidad, mis sentimientos hacia él se reforzaron y a veces dediqué palabras muy groseras a los detractores de su familia.

»Mi padre creyó que pasaba demasiado tiempo con Endo-san y me prohibió verlo. —Negó con la cabeza—. Qué hijos más obedientes éramos. Ni se me hubiese ocurrido desobedecer las órdenes de mi padre. Lloraba cada noche, pues fueron unos momentos muy duros para mí.

»También fueron unos momentos muy duros para Japón. Para sobrevivir, nos convertimos en una nación militarizada; tú eres un erudito en Japón, así que sabes de lo que hablo. Oh, aquellos interminables cánticos y proclamas bélicas, enfrentamientos violentos entre militaristas y pacifistas en las calles, marchas y manifestaciones aterradoras... odiaba todo aquello. Lo sigo oyendo todo incluso en mis sueños más profundos.

»El padre de Endo-san no estaba de acuerdo con el Ejército y expresaba abiertamente sus opiniones. Esto fue considerado un acto contra el emperador, un delito de traición. Lo metieron en la cárcel y condenaron a su familia al ostracismo. Los ideales de Endo-san reflejaban los de su padre, si bien él era más cauto al revelarlos en público. Aun así, atentaron contra su vida en varias ocasiones, aunque él no cambió su forma de pensar. Creo que esto, en parte, se debió a su *sensei*.

Asentí. Endo-san había sido alumno de *O'Sensei* Ueshiba, un reputado pacifista que, paradójicamente, fue uno de los mayores exponentes japoneses de las artes marciales de todos los tiempos. Recuerdo la primera vez que vi a *O'Sensei*. Entonces, el hombre tenía casi setenta años y estaba enfermo, a pocos meses de morir. Con todo, me zarandeó por las esterillas de entrenamiento hasta dejarme sin aliento, mareado por las caídas y con las articulaciones doloridas donde me había hecho las llaves.

Michiko se echó a reír al oír esto.

—A mí también me sacudió como a una muñeca de trapo.

Entonces se levantó y se adentró en la noche. Luego volvió y continuó:

—Un día, unos meses más tarde y después de que Endo-san hubiese pasado fuera unas semanas, volví a verlo. Regresaba a casa del mercado cuando se me acercó por detrás y me dijo que me reuniera con él en la playa, donde tantas tardes habíamos pasado sentados. Me fui a casa, le dije a mi madre que se me había olvidado algo y fui corriendo a la playa.

»Lo vi yo a él primero. Estaba frente al mar. Parecía como si el sol hubiese transferido su color al agua, a su cara y a sus ojos. Cuando lo alcancé, me anunció que se iba de Japón durante unos años.

«¿Adónde vas a ir?», le pregunté.

«Aún no lo sé. Quiero ver mundo y encontrar respuestas», me contestó.

«¿Respuestas a qué?», quise saber.

»El negó con la cabeza. A continuación me confesó que llevaba un tiempo teniendo sueños extraños, sueños sobre otras vidas, otros países. No quiso contarme más.

»Le aseguré que lo esperaría, pero él me dijo que no, que debía vivir la vida que ya estaba escrita para mí, pues rebelarse contra eso era una imprudencia. Nuestro destino no era estar juntos. Mi futuro no estaba a su lado.

»Me enfadé mucho al oírlo hablar así. Le dije que era un *baka*, un idiota. Y ya sabes, él se limitó a sonreír y a darme la razón.

»Esa fue la última vez que lo vi. Más tarde me enteré de que el gobierno lo había destinado a algún lugar de Asia, a un país del que jamás había oído hablar: Malaya. Era muy desconcertante, pensé entonces, que un hombre tan opuesto a la agresiva política militarista de Japón hubiese aceptado trabajar para el gobierno.

»Pero, como he dicho, no volví a verlo más, ni cuando regresó para una corta visita. No podía, por más que lo ansiara. Mi padre había concertado mi matrimonio y me estaban enseñando a cuidar de mi futuro marido y a hacerme cargo de su casa. Ozawa, como Endo-san, se dedicaba a llevar el negocio familiar, que consistía en fabricar equipos electrónicos para la guerra.

Hizo una pausa y, en su cara, translúcida por el recuerdo, vi a la muchacha que una vez fue, y sentí una vaga tristeza por Endo-san, por lo que había apartado de su lado.

—Nunca he dejado de pensar en él —añadió.

Eché la silla hacia atrás. Me sentía cansado por la conversación y trastornado por las emociones que su llegada había despertado en mí.

—¿Puedo pasar aquí la noche? —me preguntó.

Yo era reacio a permitir que otras personas perturbaran la rutina de mi vida, que con tanto mimo había construido con el paso de los años. Siempre había disfrutado de mi propia compañía, y las pocas personas que habían intentado abrir una brecha en esa fortaleza siempre habían resultado malheridas. Desvié la mirada hacia el mar; Endo-san no me daba ningún consejo, pero eso nunca me había impedido pedírselo. Era tarde y el servicio de taxis de Penang dejaba mucho que desear. Al final, accedí.

Ella se dio cuenta de mi reticencia.

—Siento causarte tantas molestias —me dijo.

Le hice un gesto con la mano para restarle importancia y me levanté, haciendo una mueca de dolor provocado por mis anquilosadas articulaciones, que produjeron sus crujidos y chasquidos de siempre, síntomas de la edad y de la falta de entrenamiento. Viejos achaques que insistían en enviar sus mensajes de desgaste y dolor, instándome a rendirme, a lo cual siempre me negaba.

Empecé a quitar la mesa, apilando los platos en pequeños montones.

—¿No conservas ninguna fotografía suya? —me preguntó mientras me ayudaba a llevarlos a la cocina.

Vi una levísima expresión de esperanza en sus ojos, como el débil destello de una estrella lejana, y negué con la cabeza.

—No. Nunca nos hicimos ninguna —le contesté, viendo cómo el destello se hundía en el océano.

Ella asintió.

—Ni yo. En nuestro pueblo no había cámaras cuando él se fue de Japón. La verdad es que resulta muy irónico: ahora la empresa de mi marido fabrica algunas de las cámaras más populares del mundo.

La acompañé a la planta de arriba, a una de las mejores habitaciones de invitados. Había sido la de Isabel. Después de la guerra, mandé redecorar los dormitorios con la intención de empezar de cero, y a veces me pregunto si mereció la pena. Sigo viendo las habitaciones tal y como eran, las oigo tal y como sonaban antes y me huelen del mismo modo que hace cincuenta años. Una vez alguien me preguntó si Istana estaba encantada y yo le respondí: «¡Claro que sí, por supuesto!». No es de extrañar que reciba tan pocas visitas.

Se detuvo en el rellano que hay a mitad de la escalera y clavó la vista en una especie de agujero deforme de la pared.

—Isabel, mi hermana. Aquí le disparó a alguien —le expliqué. Nunca había querido que taparan la marca.

En la puerta de la habitación le hice una reverencia y ella me devolvió otra aún más pronunciada. La dejé y recorrí la casa despacio, cerrando puertas y ventanas y apagando las luces una por una. Luego me dirigí al balcón de mi cuarto. Era la misma habitación que había tenido desde que nací. Tuve la sensación de que el tiempo se estiraba hacia el pasado, de que se curvaba más allá de donde alcanzaba la vista, como la orilla de una inmensa bahía. ¿Cuánta gente en este mundo puede decir que conserva la misma habitación en la que nació y, en mi caso, en la que probablemente moriré?

El viento de altura había barrido las nubes del cielo. Se había quedado una noche fría y despejada, y las sucesivas capas de estrellas sobre mi cabeza añadían una profundidad inmensurable a la oscuridad. Pensé en la carta que Michiko había recibido de Endo-san. ¡Cincuenta años! Debió de escribirla cuatro años después de que los japoneses invadieran Malaya, hacia el final de la guerra. Las condiciones caóticas de los países implicados en el conflicto, la paranoia, los mares constantemente patrullados por barcos y aviones... Todas aquellas circunstancias podrían haber contribuido a que la carta se perdiese. Cincuenta años inimaginables se extendían como un gran trozo de tela deshilachado y blanqueado por el sol que ondeara al viento. ¿Tantos años habían pasado?

A veces parecía que habían pasado incluso más.

Bajo la arcaica luz de un millar de estrellas, distinguí la isla de Endo-san, dormida entre el arrullo de las olas. Había rechazado

todas las ofertas de compra de aquel pedazo de tierra que me habían hecho y la había mantenido limpia y como siempre había estado, con su casita de madera bajo los árboles, el claro donde solíamos entrenar, la playa donde mi barca siempre encallaba.

Recuerdos..., eso es lo que les queda a los viejos. Los jóvenes tienen esperanzas y sueños, mientras que los viejos se aferran a los restos de su memoria y se preguntan qué ha sido de sus vidas. Aquella noche repasé mi vida con detenimiento, desde mi imprudente juventud, pasando por los dolorosos y trágicos años de la guerra, hasta las solitarias décadas que siguieron. Sí, podía decir que había exprimido mi vida, si no al máximo, al menos casi hasta la última gota. ¿Qué más se podía pedir? Rara es la persona que vive tan intensamente. Yo he vivido, he viajado por el mundo y ahora, como un viejo reloj, mi vida se ralentiza, sus manecillas se mueven más despacio y se salen del flujo del tiempo. Si uno sale del cauce del tiempo, ¿qué le queda? El pasado, claro está, que los años desgastan poco a poco, al igual que una corriente de agua erosiona un guijarro detenido en el lecho de un río.

Un haz de luz procedente del faro en la lejana Moonlight Bay iluminó la noche. Ahí venía una vez, y otra, y otra. Cuando era pequeño, mi padre, en uno de aquellos raros momentos en que no estaba demasiado ocupado con el trabajo, nos contó la historia del faro a Isabel y a mí. Recordaba hasta el nombre del hombre que lo guardaba por aquel entonces: el señor Deepak, cuya mujer se arrojó a las rocas cuando descubrió que su marido le había sido infiel. El señor Deepak llevaba muerto muchos años ya y, sin embargo, el faro permanecía vivo, como un centinela del mar solitario que continuara cumpliendo su arcaico deber incluso en aquellos tiempos modernos.

Volví a la habitación e intenté dormir. Aquella noche, como siempre, pedí soñar con Endo-san.

A la mañana siguiente, a diferencia de cualquier otra mañana de los últimos cinco años, decidí ponerme a entrenar. Encontré mi *gi*, que Maria había planchado con esmero, en el armario. Era mi prenda favorita, y un ligero vestigio de sudor, que los sucesivos lavados

nunca llegarían a eliminar del todo, me vino a la nariz a medida que lo desdoblaba.

Cuando empecé a dar clases, convertí dos de las habitaciones de la planta baja de Istana en un *dojo*, un Lugar del Camino. El suelo estaba revestido de pino japonés, pulido hasta conseguir el brillo perfecto, y cubierto después con gruesas esterillas de entrenamiento. Cada día se colocaban lirios frescos en un pequeño jarrón en el *tokonama*, el santuario situado en una hornacina que también albergaba el retrato de *O'Sensei* Ueshiba. Había un testero de espejos frente a una alta cristalera que daba a los jardines y, más allá, al mar.

Había limitado mis clases a diez estudiantes, a los que había visto obtener los máximos galardones y luego abrir sus propias escuelas. Habíamos ido a diversos seminarios y convenciones por todo el mundo, haciendo exhibiciones, dando clases y aprendiendo de otros maestros. Mis antiguos alumnos me llamaban de vez en cuando e intentaban incitarme para que volviese a aquel mundo. Sin embargo, yo me negaba y les decía que me había retirado del Río y del Lago, haciendo mía la frase cantonesa «*toi chut kong woo*», utilizada para describir a los guerreros que habían abandonado voluntariamente el mundo de la violencia para buscar la paz.

Sentado en la posición *seiza*, con las nalgas apoyadas en los talones, empecé a meditar. Volvió a mí despacio mientras sentía cómo el sol de la mañana me calentaba la cara. Después de veinte minutos, cogí mi *bokken*, lo levanté en horizontal con ambas manos e hice una reverencia a *O'Sensei*. Luego le dediqué otra a la espada de madera y practiqué mis cortes. El *bokken* se utiliza en los entrenamientos cuando una catana real resulta poco práctica y peligrosa. Eso no significa que no sea un arma eficaz. De hecho, algunos de los virtuosos de la espada que he conocido lo prefieren a su equivalente en metal, y Miyamoto Musashi, el Santo de la Espada de Japón, era muy conocido por ir a los duelos armado únicamente con dos espadas de madera, con las que se enfrentaba a una catana en toda regla.

Mi *bokken* era de poco más de un metro de largo y lo había fabricado un artesano de Shikoku famoso por sus habilidades con el cedro. Solía practicar cinco mil cortes al día por la zona superior y los laterales de la cabeza del oponente, sesgando la parte superior del cuerpo, dividiéndolo en dos, desde el hombro izquierdo hasta la

cadera derecha, moviendo los brazos sin pensar, cortando con tanta precisión que no se oía ni un susurro cuando la madera hendía el aire. Aquella mañana en particular perdí la cuenta cuando llegué a los dos mil, pero mi cuerpo lo sabía y me entregué a él, sin ver nada, pero al tanto de todo. La luz llenaba mi vista; la luminosidad inundaba mi ser y encarnaba el principio que había absorbido en mi interior:

«Calma en movimiento,
Movimiento en calma».

Cuando terminé, me encontré a Michiko enfrente con el uniforme de entrenamiento. Coloqué la espada delante de mí y le hice una reverencia antes de ponerla de nuevo en su soporte de madera. Comenzamos a practicar el uno con el otro sin mediar palabra, utilizando solo las manos. Debido a mi superioridad de rango, insistí en ser el *nage*, la persona que defiende y proyecta. Ella, como *uke* atacante, debía confiar en que no iba a hierirla ni a usar una fuerza excesiva. Endo-san solía decirme que la confianza en una pareja de compañeros que entrena era el fundamento de la práctica del aikido ya que, sin ella, el *uke* se mostraría reticente a la hora de crear el ataque necesario para perfeccionar las técnicas.

Era extremadamente competente y sus caídas *ukemi*, amortiguadas y elegantes. Sus manos nunca parecían chocar contra las esterillas al absorber la fuerza de mis proyecciones, sino acariciarlas con suavidad, como una hoja que se desprende y, al llegar al suelo, vuelve a elevarse, con delicadeza, al más leve golpe de brisa. No se acercaba a mi nivel, pero, de todas formas, pocas personas lo hacen. Me había enseñado un maestro y había adquirido experiencia al hacer uso práctico de mis habilidades. A cambio, me había convertido en un *Shihan*, un maestro de maestros. ¿No es así como funciona el mundo?

Ella esperaba que intercambiásemos los papeles y le permitiese ser el *nage*, como era la costumbre, pero yo me negué y no protestó. Para cuando terminamos, ambos estábamos empapados en sudor, teníamos la respiración acelerada y los corazones martilleaban desbocados mientras intentábamos ejercer algún control sobre ellos.

—Eres tan bueno como dice la gente —comentó, secándose la cara con una toalla.

Negué con la cabeza.

—Antes era mejor.

La larga inactividad había mermado mi agudeza. Sin embargo, ¿para qué necesitaba ya aquellas habilidades? A los setenta y dos años, ¿quién iba a enfrentarse a mí?

Ella leyó mis pensamientos.

—Tu mente sigue siendo muy fuerte —dijo—. Para eso es para lo que sirve el entrenamiento.

Con la luz de la mañana, me percaté de lo delgada que estaba, pero me abstuve de preguntarle por su salud. El aikido faculta a una persona para ver y sentir más allá de la apariencia y, por el contacto físico del entrenamiento, había sentido que no estaba bien.

Tomamos un desayuno frugal de gachas de avena y *dumplings* en la terraza, bajo un enramado de plantas de judía. Maria salió con una bandeja de té Boh.

—Maria, esta es la señora Michiko. Se va a quedar un tiempo con nosotros.

Michiko enarcó una ceja.

—¿Seguro que no prefieres quedarte en un hotel? —le pregunté cuando Maria empezó a protestar por el desorden de la cocina; yo le hice un gesto para se fuera—. Quédate. Ve a tu hotel y trae el resto de tus cosas —continuó, disfrutando de su cara de sorpresa, consciente de que la había descolocado al anticiparme a sus intenciones.

Quería saber más cosas sobre su juventud, sobre la vida que había llevado con Endo-san. Estaba resultando una buena compañía. Hacía bastante tiempo que no hablaba tan sinceramente con otra persona.

—Eres más que bienvenida a quedarte unos días —dije—. Sin embargo, debo preguntarte algo: ¿qué es lo que quieres realmente de mí?

—¿Me llevarás a su casa? ¿A la pequeña isla sobre la que escribió? —me preguntó.

Había esperado y temido esa petición. Me eché hacia atrás en la silla de mimbre. Ya empezaba a hacer calor. Al contrario que el día anterior, no había el menor rastro de nubes en el cielo.

—No —dije por fin—. No puedo hacerlo.

No iba a permitir que nadie más entrara en aquella parcela de mi vida que había compartido con Endo-san.

—Entonces, me gustaría saber lo que le ocurrió a Endo-san —prosiguió, aceptando mi negativa con mayor elegancia de la que yo había utilizado para formularla y haciéndose eco así de la calidad de su *ukemi*.

—Está muerto. ¿Por qué quieres remover el pasado? ¿Qué consigues con eso?

—El no está muerto aquí. —Se dio unos delicados toquecitos en la sien. Se quedó en silencio y luego añadió—: Con la carta llegó algo más.

Entonces entró en la casa y regresó con una caja estrecha. Su presencia me había inquietado desde el momento en que la vi la noche anterior. Debería haber reconocido su forma y sus dimensiones de inmediato, pero el envoltorio me había confundido. En ese instante supe lo que contenía y luché por guardar la compostura.

Ella rompió el embalaje de cartón y colocó la caja encima de la mesa.

—Ábrela.

—Sé lo que es —dije, endureciendo la mirada.

No obstante, alcancé la caja, la abrí y saqué la espada Nagamitsu de Endo-san de su lecho de tela. Lo había visto usarla muchas veces, pero era la primera vez en mi vida que la tocaba. Era un arma sencilla pero, a la vez, elegante, y la vaina laqueada negra que la protegía, tan fría y suave al tacto, era lisa, sin ningún tipo de adorno. Era casi idéntica a la mía, pertenecía a un par que había forjado el renombrado espadero Nagamitsu a finales del siglo XVI.

—Estaba oxidada y en un estado lamentable cuando por fin la recibí. Hice que un espadero jubilado la restaurara. —Negó con la cabeza.— Ya no queda mucha gente que sepa hacerlo. Es una pieza muy rara, quizá la mayor creación de Nagamitsu. El espadero se sintió muy honrado de trabajar en ella. Pasó siete meses puliéndola, engrasándola y limpiándola. Al final, no quiso aceptar ningún dinero.

La cogió de mis manos.

—¿Recuerdas la última vez que viste a Endo-san usándola? —me preguntó.

Aparté la mirada.

—Demasiado bien —susurré, intentando bloquear la inmediata ráfaga de recuerdos, como si la propia espada hubiese hecho un corte profundo en ese dique que yo había construido—. Demasiado bien.

Ella levantó la mirada hasta mí y se tapó la boca con la mano.

—No pretendía hacerte daño. Lo siento de veras.

—Llego tarde a una reunión —dije, levantándome de la mesa. Me asombró descubrir que, a pesar de mis años de entrenamiento, estaba desorientado. Su visita, nuestra conversación, la aparición de la espada de Endo-san... Sentí que todas aquellas emociones me asaltaban a la vez. El hecho de que no fuesen oponentes tangibles a los que pudiera enfrentarme hacía las cosas más difíciles. Me quedé inmóvil un momento, intentando recuperar el equilibrio.

Ella se colocó frente a mí.

—No estoy aquí para hacerte daño. Lo único que quiero es saber.

—Te llevaré al hotel —dije, y entré en la casa, dejándola con la espada en la mano.